

Ricardo Krebs repetía con insistencia que el “tiempo del hombre es la historia”. Explicaba que toda persona es, invariablemente, partícipe de una época que lo vincula, a través de hitos significativos, con sus coetáneos. ¿Qué hitos nos vinculan a quienes estamos vivos en 2025? Quizás el hito más importante son los ochenta años del fin de la Segunda Guerra Mundial, trauma bélico que relativizó la dignidad humana hasta la barbarie misma y luego redefinió toda la política occidental. El triunfo de los Aliados, que selló el fin del conflicto, vino a consagrar la alianza entre libertad democrática y libre mercado. Luego de 1945, el mundo –al menos este lado del mundo– reafirmó su compromiso con la consolidación de la “sociedad libre”, que busca eliminar cualquier atisbo de atadura o merma de la libre iniciativa personal. Todo ello, como expresión de un esfuerzo de superación del trauma provocado por los totalitarismos derrotados.

Nuestro país también ha experimentado un crecimiento de esa “sociedad libre”. Con el paulatino proceso de democratización experimentado desde los noventa hasta la fecha (y quizás un poco antes), hemos visto una derecha que enarbola como

máxima política la fidelidad a “las ideas de la libertad” –expresión que titula este octavo número de revista Raíces–; lo cual, con mayor o menor precisión, conforma una base fundamental de su quehacer político y proselitismo electoral.

A su vez, vemos cómo desde la izquierda política se confía no con menor radicalidad en una libertad desprovista de todo límite; o, más bien, donde el límite es el mero acuerdo de las partes implicadas. De un tiempo a esta parte, la libertad ha pasado de ser el máximo bien antropológico a reducirse a una mera constatación de la posibilidad de la elección individual. Un mero transaccionalismo en todo el arco de las acciones humanas. La libertad es un término elástico que, sin embargo –o quizás por eso misma elasticidad–, ha comenzado a mostrar signos de fatiga.

En efecto, en las últimas décadas pareciera que la libertad está indefectiblemente unida al progreso, al avance técnico, a la creación indefnida de riqueza. Este paradigma ha terminado por desdibujar el componente antropológico y la necesaria trascendencia de cada ser humano en su experiencia individual y social. De esta manera, observamos claramente que hoy en día existen muchos supuestos

en torno a la libertad que carecen de fundamento: vagas ilusiones personales que merman un ideal común de la sociedad, un apego desmedido a las subjetividades anidadas en lo más profundo del “yo” que impiden la conjugación de un “nosotros”.

Esta edición no pretende quedarse en la abstracción idealista del concepto, ejercicio necesario, por cierto; sino más bien pretende, como exige la atención a los signos de los tiempos, que lo vinculemos con los procesos temporales de los que somos parte. Así, el ensayo introductorio presenta las herramientas que requiere la democracia para funcionar, en el entendido de que la libertad democrática, esbozada con todo su vigor hace más de treinta años, hoy está debilitada y no se fortalecerá con meros momentos electorales. Eduardo Saffirio, en efecto, nos recuerda que se requiere el establecimiento de presupuestos mínimos, de ciertas arenas mínimas -morales y materiales-, para que esa libertad democrática sea posible y exitosa.

En esa misma línea, Alfonso España aborda el binomio complejo entre seguridad y libertad. Frente a algunos coros que proponen el autoritarismo como antídoto para aplacar la tormenta de inseguridad que azota nuestro país, los ciudadanos podemos vernos tentados a ceder nuestras libertades, sin agotar los esfuerzos de aprender las lecciones de nuestra tradición chilena y su institucionalidad. El investigador recuerda que la vitalidad institucional democrática es un mínimo común, y presenta las experiencias comparadas con España e Italia, donde afortunadamente no fue necesario acudir a la dureza autoritaria para gestionar las crisis internas. Chile vive, asimismo, una crisis interna y grave de inseguridad: sin embargo, el autoritarismo no es la vía para abordarla adecuadamente, a juicio del autor.

Luego, en un esfuerzo por leer los cambios en la dinámicas políticas de Occidente, Álvaro Vergara ofrece agudos contrapuntos con el fenómeno libertario y sobre todo con su retórica de la “batalla cultural”, que anula al opositor y reniega de la fraternidad en política. Esto, a juicio de Vergara, puede responder a una carencia de herramientas argumentales y lecturas desapasionadas de la realidad. Lucy Oporto, por su parte, nos recuerda en su entrevista que dicho fenómeno libertario es también observable en la vereda progresista, que enarbola la libertad en su variable autonomista. Este último diagnóstico es compartido por Javiera Corvalán, quien en su ensayo sobre la infancia denuncia la idea de una supuesta “libertad sexual” de los niños, promovida por una porción del progresismo; idea que termina concretada en la desprotección y abuso de los más vulnerables de nuestra sociedad. Finalmente, el académico de Navarra, José María Torralba recalca que para una verdadera libertad del espíritu humano, es indispensable una educación que rescate la lectura de los grandes clásicos de Occidente. Una educación liberal, a, su juicio, posibilita el desarrollo de la conciencia personal, esa que Lucy Oporto describe como “hoy envilecida”.

Con esta edición de *Raíces* nos hacemos parte de lo que anota Juan de Dios Vial Larraín, que “la conducta no puede ser irresponsable; que las palabras y los actos no pueden derrocharse, ni entregarse al juego del equívoco en el orden de la verdad”, más aún cuando lo que está en juego es un valor tanpreciado e insustituible: la libertad. Agradecemos la participación de todos los autores de esta edición y, en especial, el apoyo de la Fundación Konrad Adenauer, que confía en el proyecto de nuestro Centro de Estudios. ®